

# Libre y salvaje

La gran aventura  
de la vuelta al  
mundo a pie

Ignacio  
Dean



## Índice

Portada

Dedicatoria

Introducción

Parte I. Europa, "la piedra de toque"

Capítulo 1. Europa occidental

Capítulo 2. Los Balcanes

Parte II. Asia, "el dragón"

Capítulo 3. El cercano Oriente

Capítulo 4. Asia Central

Capítulo 5. El Sudeste Asiático

Parte III. Oceanía, "libre y salvaje"

Capítulo 6. Australia

Parte IV. América, "un mundo mágico"

Capítulo 7. América andina

Capítulo 8. Centroamérica

Capítulo 9. América del Norte

Epílogo

Capítulo 10. La vuelta a casa

Láminas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

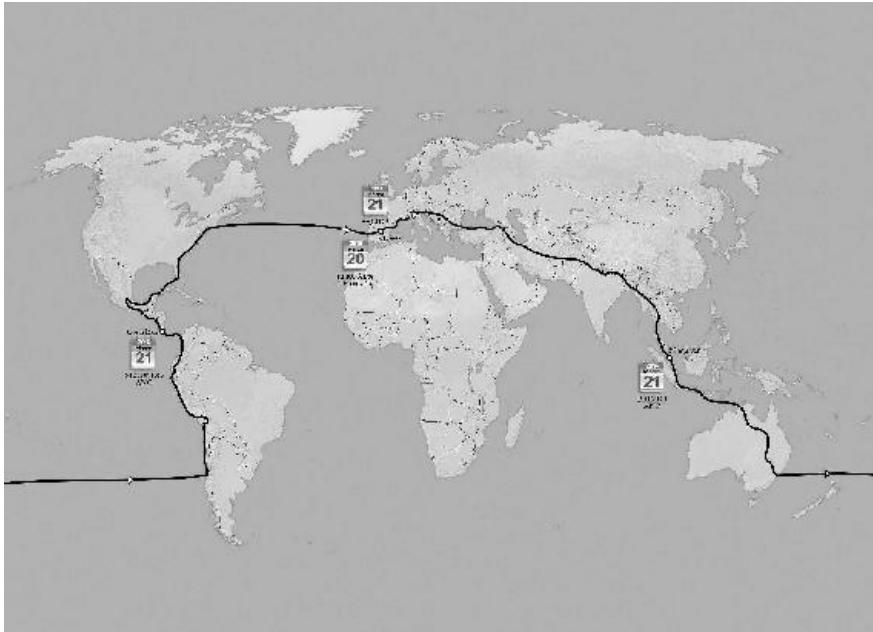
---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Com-  
parte

*Gracias a la vida, que me ha dado tanto.  
Gracias a mis padres, que me han dado la vida.*



## Introducción

Yo no sé cómo surgen las ideas, desconozco los procesos y las reacciones que se producen en la mente, lo que sí sé es que me gusta viajar, la aventura, y la idea de dar la vuelta al mundo a pie surgió, como no podía ser de otra manera, caminando. Había realizado con anterioridad otros viajes y rutas a pie, como la Transpirenaica, diferentes variantes del Camino de Santiago y multitud de rutas de varios días y semanas en media montaña, sobre todo por la geografía española. Y me sentía tan bien en contacto con la naturaleza, viviendo a mi propio ritmo, llegando a los sitios por mi propio pie, que un día pensé: «Y la vuelta al mundo caminando, ¿por qué no?». La semilla había germinado.

### SOY CAMINANTE

Mi afición por caminar viene de lejos, y está íntimamente ligada a la naturaleza. Desde un paseo otoñal por la ribera de un río al caer la tarde, disfrutando de la luz y la variedad de colores, hasta perderme varias semanas de ruta por la montaña, son para mí algunas de las delicias de esta vida. Voy al monte desde pequeño, cuando mi padre me llevaba al Moncayo, montaña solitaria que se alza entre las tierras de Soria y Aragón. Todavía puedo sentir aquellos días lejanos, la magia de sus bosques y veredas a través del silencio y de la niebla, mis primeros pasos sobre la nieve, las brujas de Trasmoz y las leyendas de Bécquer. Posteriormente, continuaría con esta bella costumbre aprovechando la más mínima ocasión para escaparme y reunirme con mi amante la naturaleza, subir a las cumbres y perderme por los bosques. Sin embargo, no sería hasta más tarde, al realizar la variante norte del Camino de Santiago, la que recorre España por su litoral cantábrico, cuando descubrí la que sería una de mis pasiones: caminar disfrutando del paisaje, escribiendo, haciendo fotografías y llegando a los sitios por mi propio pie.

Se abría ante mí una nueva realidad, un reencuentro conmigo mismo, un nuevo mundo por descubrir. Desde entonces he seguido caminando, casi como un hábito diario. He visitado numerosos países, he realizado rutas de varias semanas y siempre que estoy inmerso en ellas, en contacto con los elementos, siento una energía corriendo por mi ser, entro en un estado de fortaleza y equilibrio, que me hace no querer parar y seguir así durante mucho tiempo, recorriendo con mis pies este mundo de fantasía, belleza y crudeza del que no me quiero marchar sin conocer... Porque hay una fuerza más allá del cuerpo y de la razón.

Un día hice el cálculo y descubrí que a lo largo de mi vida había vivido en más de veinte lugares diferentes. Eso, sin duda, forja un carácter, hace de ti una persona desarraigada y te da la facilidad para moverte, viajar y adaptarte a entornos y circunstancias cambiantes. Hasta el punto, he llegado a pensar, de dejar de ser una herramienta para pasar a ser una necesidad cuando, tras un tiempo en un mismo escenario, he sentido siempre la necesidad de cambiar de aires y buscar cosas nuevas guiado por el instinto y la curiosidad. Primero por mi padre, marino de profesión, cada pocos años nos mudábamos de ciudad en ciudad buscando el mar. Luego, por mi espíritu aventurero e inconformista, a la temprana edad de veintiún años sentí la necesidad de buscarme la vida y me fui de casa de mis padres a vivir a la montaña, por lo que desde muy joven estoy acostumbrado a viajar, empezar de cero y subsistir con muy poco. He cursado estudios universitarios y técnicos, he desempeñado diversos trabajos, a lo largo de mi vida he conocido multitud de personas y he tenido muchas relaciones. Y supongo que todo eso —que no parece importante y pasa desapercibido por ser parte del día a día y de lo cotidiano, como si fuera un decorado en el que trascurren los hechos y no la acción misma en una obra de teatro—, unido a mi pasión por la naturaleza, el desarraigo de lo mundano y mi facilidad para cambiar de lugar y vivir durante años con poco más de lo que cabe en una mochila, va for-



jando lentamente, como esculpe las rocas el agua del mar, un espíritu libre que acaba siendo fundamental y la razón principal, no sólo para que nazca una idea, sino para tomar la decisión de ir a por ella y tener la sensación de que ésta era una aventura que estaba ahí esperándome desde siempre, como algo inevitable, una evolución lógica que, tarde o temprano, tenía que ocurrir.

Un día me decía una amiga: «¿Te acuerdas de aquellos dibujos que hacíamos de pequeños, uniendo los puntos con una línea? A veces la vida es como esos dibujos, realizamos acciones que parecen inconexas entre sí y no tienen mucha lógica unas con otras, pero un día trazamos la línea que une los puntos y aparece un dibujo que da sentido a todo lo demás, y hace que todas las piezas encajen en su sitio en nuestra cabeza». Este viaje vendría a ser esa línea, ese trazo que une todos los puntos inconexos que he ido dibujando a lo largo de mi vida, pero claro, yo todavía no lo sabía, tan sólo lo intuía, tan sólo alcanzaba a sentirlo como una semilla que se abre y va creciendo lentamente, como un sentimiento que palpitaba en mi interior cada vez con mayor fuerza, como una estrella que nace y cada día que pasa brilla con mayor intensidad, hasta que resulta imposible no verla, hasta que no queda más remedio que prestarle atención, hasta que la realidad se vuelve innegable.

## La toma de la decisión

Cuando quieres hacer algo encuentras un medio, cuando no quieres hacer nada encuentras una excusa.

Recuerdo que me llevó más de un año tomar la decisión, tiempo durante el cual yo seguía con mi vida normal: trabajar, practicar deporte, salir con amigos, ir al cine y al teatro, hacer viajes y escapadas a la montaña siempre que se pre-

sentaba la oportunidad, visitar a mi familia... A la hora de embarcarse en una aventura de esta envergadura hay frenos y resistencias que vencer. Es un viaje muy largo y no exento de peligros del que uno no sabe si va a regresar vivo y, si lo hace, quién va a ser y si va a ser capaz de volver a adaptarse a un discurso y una rutina que a lo mejor le quedan pequeños o muy lejanos. Si habría alguna razón que me hiciera interrumpir el viaje y volver antes de concluirlo, o si estarían todos mis familiares y seres queridos a mi regreso. El grado de incertidumbre es absoluto, como saltar al espacio, lanzarse al vacío, requiere soltar todos tus miedos. Hay que realizar un verdadero ejercicio de desprendimiento y ser capaz de dejarlo todo, tu casa, tu trabajo, tu familia, tus amigos. Sin duda, no es una decisión sencilla, prueba de ello es que no conocía a nadie que lo hubiera hecho con anterioridad. Sabía que mucha gente daba la vuelta al mundo en avión, furgoneta, moto y bicicleta, pero no sabía de nadie que lo hubiera hecho caminando... Me adentraba por una senda en la que no tenía referentes. Sin embargo, en la vida hay que tomar decisiones, saber que no se puede tener todo a la vez, a veces se nos presentan bifurcaciones de caminos y hay que tomar uno, pero, sobre todo, ser conscientes de que es un milagro estar vivos, estamos en este mundo de paso y el sentido de la vida es luchar por nuestros sueños. Como decía alguien una vez, no me quería conformar sólo con un trozo del pastel, yo quería el pastel entero, un reto salvaje, una AVENTURA con mayúsculas. Por eso no se me ocurrió hacerlo de otra manera que no fuera caminando, el medio de transporte más sencillo y salvaje, ligado a la naturaleza, la tierra y los elementos.

Fue una soleada mañana de agosto, en verano de 2012, tras varios meses dándole vueltas en la cabeza, observando la semilla crecer, fantaseando, tanteando tímidamente como un lobeño alejándose y acercándose con cautela a un erizo, jugando con ese nuevo ser que acaba de descubrir en el mundo, cuando decidí dar el salto con la

convicción y la determinación que requiere una empresa así y lanzarme a la caza de este sueño, a la conquista de lo imposible. Recuerdo la felicidad que sentí en ese momento, como si me hubiera liberado de una gran carga, como si de repente me hubieran salido alas, como si hubiera escuchado mi corazón y tomado la mejor decisión de mi vida. Sentí de repente que todas las piezas del puzle encajaban en su lugar en mi interior, que esa brecha entre el deber y el querer, entre lo que en verdad somos y lo que hacemos desaparecía, y el mundo se volvía más real que nunca, con plenitud de conciencia. Había saltado fuera de lo convencional en un ejercicio de valentía y esa gasa delante de mis ojos que difuminaba la realidad se esfumaba, todo volvía a ser nítido otra vez. Vencer tus fantasmas y salir indemne de la batalla, decir «éste soy yo y estoy aquí», esto era lo que yo quería. Porque no hay nada peor que un hombre que ha perdido su olfato, son esas locuras las que dan sentido a la vida y nos enseñan que las mejores cosas ocurren fuera del camino marcado, las que hacemos siguiendo nuestras propias pulsiones y nuestro instinto, con pasión. Y sé que cada cosa llega a su debido tiempo, que todo sucede en el lugar y en el momento en el que debe ocurrir, pero en ese momento piensas: «¿Cómo no lo hice antes?». Y caes en la cuenta de que perseguir nuestros sueños no debería ser valiente, sino inevitable, la opción más fácil y sencilla, la consecuencia obligada a la suerte de estar vivos.

*No dejes para ayer la felicidad de hoy,  
ni abandones en manos de la incertidumbre la  
certeza de tu amor,  
que el tiempo no te robe la vida,  
que la esperanza no se consuele con esperar.*

## Los preparativos

Una vez tomada la decisión comenzaban los preparativos, pero ¿qué te llevas para dar la vuelta al mundo caminando si, cuando te vas un mes de vacaciones, no sabes qué meter en la maleta? Como se imaginará el lector, no se trataba sólo de echarse el macuto a la espalda y comenzar a caminar, el viaje empezaba mucho antes y pasaba por organizarlo todo de tal manera que pudiera llevarse a buen puerto y en un período de tiempo no excesivamente largo. Si quería tener una mínima garantía de éxito, debía atar el mayor número posible de cabos.

Al principio eran todo interrogantes; se trataba de construir un proyecto de gran envergadura partiendo prácticamente desde cero. Contaba con una buena forma física, un espíritu motivado y aventurero, la experiencia de viajes y rutas realizados con anterioridad, algún dinero ahorrado y el apoyo de la gente que me rodeaba, en concreto la valiosa ayuda de mi amiga Paz, pilar fundamental en el viaje. Todo lo demás debería ir levantándose a base de trabajo y esfuerzo en un terreno virgen, aunque poco a poco y con el tiempo empezarían a llegar a mis oídos historias inspiradoras, como las de Jean Béliveau o Ffiona Campbell. Debía ser realista, nada de lo que hubiera hecho con anterioridad podía compararse a lo que tenía por delante, y consciente de que por mucho que planificara era imposible controlarlo todo e iba a haber una gran cantidad de imprevistos que resolver durante el transcurso del propio viaje. Recuerdo que una de las primeras cosas que hice fue comentárselo a mi familia. Me parecía de vital importancia para la honestidad y el buen desarrollo del proyecto que lo supieran desde el principio y contar con su apoyo. En una decisión así, son vitales la fortaleza y la tranquilidad mental para poder dedicar todas tus energías a las exigencias del camino.

El siguiente paso fue trazar la ruta, con ayuda de Google Maps, la web del Ministerio de Asuntos Exteriores español y mapas de diferentes lugares, casi pueblo por pueblo, país por país, continente por continente, calculan-

do *grosso modo* las distancias de un punto a otro y trazando el recorrido por el itinerario más cómodo posible. Me gustaría cruzar el Himalaya, atravesar el estrecho de Bering, navegar por las islas del Pacífico, recorrer Siberia, pero eso son expediciones aparte, para tener alguna garantía de completar una vuelta al mundo a pie con éxito un requisito indispensable era buscar el itinerario «sencillo». Decidí evitar los países conflictivos o en guerra y tratar de ir por la costa siempre que fuera posible, pues en ella suele haber más población, el clima es más benigno y hay menos desniveles. Con estas premisas, me llevó varios días dar la vuelta al mundo sobre el papel. Junto al itinerario, elaboré un calendario de diez meses para Europa, quince para Asia, seis para Oceanía, quince para América y catorce para África, un total de cinco años para el periplo completo. Ambos elementos, itinerario y plazos, eran provisionales, daban margen a imprevistos, y estaban abiertos a variaciones en función de las circunstancias y las necesidades.

A continuación, acudí al Centro de Vacunación Internacional de Madrid para ponerme las vacunas de todas las enfermedades tropicales y las recomendadas para los países que iba a cruzar. Acudí a la consulta con un mapa en el que había trazado con lápiz mi itinerario alrededor del mundo y se lo mostré a la doctora que sonreía mientras abría la neverita y sacaba las primeras dosis de una larga lista. Luego, se sentó frente a mí a rellenar un formulario mientras yo trataba de adivinar su procedencia. Por sus rasgos podría asegurar que era sudamericana, tal vez peruana, y dejé volar la mente por unos instantes soñando que algún día estaría recorriendo esas tierras lejanas y exóticas, cuando de repente levantó la vista y, mirándome a través de sus lentes, me dijo: «¿Sabes? El Nacho que se marcha no será el mismo que el que vuelva». Se hizo de nuevo el silencio, como cuando alguien dice una verdad rotunda y no queda más remedio que quedarse callado asintiendo, asimilándola. Mientras, trataba de imaginar la odisea que tenía por

delante y cuáles podían ser esos cambios que sufriría en los próximos años. Al poco, respondí con humor: «Bueno, espero que el cambio sea para mejor».

En cosa de un mes me pusieron todas las vacunas necesarias y me informaron de sus particularidades, ya que algunas requieren un recordatorio pasado un tiempo; hay enfermedades, como la malaria, para las que no existe vacuna y países en los que tener la vacuna de la fiebre amarilla y la cartilla de vacunación en regla son un requisito fundamental para poder entrar, así como consejos y formas de prevención. Recuerdo que algún día llegué a salir del hospital con tres pinchazos en cada hombro. Prácticamente a la vez comencé a recopilar información de páginas de interés en internet, a ponerme en contacto con viajeros y aventureros para escuchar sus experiencias y tomar nota. Contactar con embajadas, teléfonos de emergencia consular, estudiar los requisitos para tramitar los visados pertinentes en cada país, así como el tiempo de estancia en cada uno de ellos. Una de las dificultades del viaje sería recorrer a pie la distancia de cada país en el tiempo concedido en los visados. Planificar bien las épocas y las estaciones en que iba a atravesar cada región y evitar, por ejemplo, Asia en los monzones o recorrer Australia en pleno verano.

Simultáneamente comenzó la ardua labor de conseguir el material y la financiación para la expedición. Puesto que iba a viajar a pie y apenas tenía dinero, decidí hacerlo bajo el principio de ligereza y sencillez, es decir, cuanto menos material llevara, menos peso tendría que cargar y de menos cosas tendría que preocuparme, así que mi equipaje acabó siendo el mínimo y necesario. Al fin y al cabo, si quieres dar una vuelta al mundo caminando lo único que de verdad hace falta es caminar. Decidí llevar una tienda de campaña, un saco de dormir, una esterilla y un camping gas, material que me daría libertad e independencia para pernoctar en cualquier lugar al caer la noche, además de permitirme gastar menos. Algo de ropa, apenas dos mudas, que iría cam-

biando en función de la latitud o la época en la que me encontrara. Un botiquín de primeros auxilios que prepararía mi amigo Raúl, enfermero y aficionado al deporte y la aventura, en el que llevaría desde unas gasas a antídoto para mordedura de serpientes venenosas. Un ordenador portátil, cámara de fotos y teléfono móvil, tecnología con la que estaría en contacto con mi casa e iría ilustrando y contando mis peripecias, siempre que tuviera cobertura o conexión a internet. Y cuatro cosas más, como un cuaderno, un frontal, una cuerda y un cuchillo, serían los elementos de mi exiguo y ligero equipaje. Escasas pero muy valiosas pertenencias que iba a tener que cuidar, ya que iban a ser las herramientas con las que desenvolverme y sobrevivir solo en un entorno con frecuencia hostil y remoto. Puesto que mi presupuesto era tan ajustado, ni siquiera podía permitirme llevar un GPS, un teléfono satélite o contratar un seguro médico internacional, debía extremar al máximo la planificación antes de entrar en cada país, así como las medidas de seguridad y la concentración puestas en el camino. Además, como había zonas del mundo muy desérticas y despobladas—como Irán, Australia o Chile— en las que iba a tener que llevar una gran cantidad de agua y comida para sobrevivir de forma autosuficiente durante tiradas de varios días, peso imposible de portar en una mochila, decidí llevar mi equipaje en un carrito de aluminio fabricado inicialmente para llevar bebés, pero que adapté para la ruta, y que me permitiría cargar hasta cincuenta kilos de peso. No tenía mucha idea sobre cómo era caminar con un carrito, nunca lo había hecho antes, pero sabía que me obligaba a tener que transitar por superficies lo más planas posible y a darle un mantenimiento mayor que el de una mochila. Creí que sería una buena solución al problema de los desiertos y se convertiría en mi compañero de fatigas y en una de las claves para el buen desarrollo de la empresa en la que estaba a punto de embarcarme.